

La complejidad de las relaciones familia-escuela: el lugar de la escuela

La fuerza que los educadores, los psicomotricistas, necesitamos para afrontar nuestra tarea nace de lo que hubo antes que nosotros, tomamos la fuerza de nuestros propios padres y de nuestra relación con nuestro contexto familiar. Detrás de cada niño está un padre y una madre, y detrás de nosotros también están los nuestros. Esta es, quizás, la base más significativa con la que se maneja la Pedagogía Sistémica¹, que es el paradigma desde el que estamos mirando, en estos momentos, para comprender las interacciones entre las familias y la escuela: *"No hay futuro para la escuela sin las familias"*

No podemos olvidar en ningún momento los objetivos prioritarios de la familia y de la escuela:

- De la escuela: que los niños aprendan; por supuesto que se sientan bien en ella y que establezcan relaciones personales satisfactorias
- De la familia: educar, en el sentido más amplio de la palabra

Actualmente en las familias se están perdiendo algunos papeles, por razones muy diversas, y la sociedad se los reclama a la escuela y, aunque no sea su responsabilidad principal, la escuela participa de esa labor. No podemos perder de vista nuestra función, nosotros no somos los padres de nuestros alumnos. Esta reflexión nos ayuda a situarnos en el lugar que nos corresponde, y a veces no resulta nada fácil. Los psicomotricistas, que gozamos del favor de trabajar en un espacio educativo privilegiado para los niños, debemos respetar profundamente esta realidad, y aceptar aquello que acontece en su vida, acompañándolos en la medida de lo posible para un desarrollo más armónico y satisfactorio.

Retomando la idea inicial nos encontramos con un hecho significativo: Las personas que tienen rencor sobre su pasado, o deudas pendientes con él, suelen sentirse desubicadas. Gastar energías desde el rencor, desde la falta de aceptación de tal y como han sido las cosas, ..., nos debilita. Las energías que se basan en el afecto, en el respeto, en la confianza, ..., nos fortalecen.

Aunque los padres se equivoquen, aunque no hagan con sus hijos aquello que mejor correspondería..., son, sin lugar a dudas, sus padres. Si a los niños se les pone en un dilema, escoger entre sus padres, que no son todo lo perfectos que deberían, o entre nosotros, que somos expertos en atenderles y solemos tener la distancia emocional suficiente para no atraparles con historias que les hagan sentir frágiles (aunque muchas veces las cosas no suceden así), elegirán a



¹ "La Pedagogía Sistémica: fundamentos y práctica", Mercé Traveset, editorial Graó

los padres y renunciarán a la escuela y a nosotros. Si nos eligen a nosotros, especialmente a los psicomotricistas, porque reconocemos profundamente sus necesidades y ajustamos el contexto y nuestra intervención a esas necesidades, ¡pobres niños, cómo podrán dejar de ser fieles a sus propios padres sin sentirse permanentemente en culpa! No podemos olvidar que los padres, independientemente de lo que hagan con sus hijos, tienen un vínculo diferente con ellos, los hijos aman por encima de todo a sus padres. Nosotros podemos acompañarles, en algunos espacios y sólo durante un tiempo, aunque eso pueda ser de una intensidad y de una calidad muy significativa.

Cada vez las relaciones con las familias van a ser más complejas. Por eso, aceptando lo que nos encontramos en esta realidad, veremos en qué podemos colaborar para que los niños y niñas salgan adelante de la mejor manera posible, sufriendo poco y disfrutando mucho de su proceso de crecimiento.

Cuando los niños tienen puesta la mirada en el conflicto entre sus padres, o entre sus padres y la escuela, están perdiendo una energía y un tiempo precioso para dedicarse a aprender. Quedan atrapados en los conflictos. Los niños, por amor a los padres, están dispuestos a cualquier cosa, incluso a enfermar. Es un amor ciego. Nosotros como docentes no debemos interferir. Cuando aparece un problema no debemos ejercer más presión sobre él, porque se agrava, hemos de buscar caminos diferentes para abordarlo con una cierta garantía de éxito.

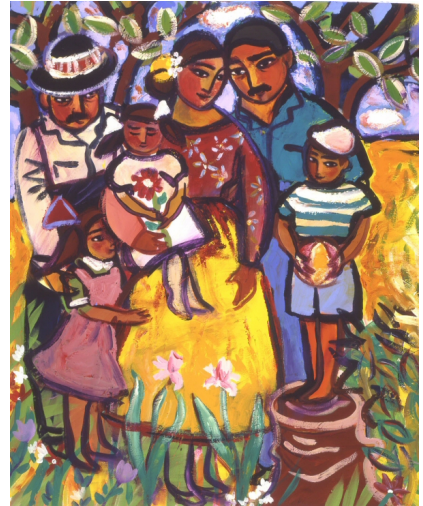
En el caso de enfrentamos a un síntoma, es decir, cuando percibimos que algo le ocurre a un niño por la manifestación de algún tipo de alteración en su comportamiento, por ejemplo en el caso de un niño hiperactivo, nos puede ocurrir que hagamos corresponder el síntoma con el problema, de manera que confundimos la dificultad con la persona, y nos planteamos, desde esa hipótesis, qué podemos hacer para cambiar al niño.

Vamos errados en este abordaje, se trata de comprender que el síntoma, como dicen algunos autores, es un regalo que el niño nos hace para que podamos percibir que algo está ocurriendo en el sistema, en su contexto familiar, y a partir de esa percepción intervenir ajustadamente, tanto en el ámbito pedagógico evitando, por ejemplo, poner más presión sobre la dificultad del propio niño, como desde el ámbito de la familia, procurando compartir alguna información respecto a esta dificultad percibida.

A menudo en la escuela nos fijamos en lo que hacen las familias respecto a sus hijos: no vienen suficientemente arreglados, no traen el material o el equipo que les pedimos y que nos resulta imprescindible para realizar según qué tareas... Si tomamos distancia al tener más información del por qué las cosas suceden de tal o cual manera, nos volvemos más respetuosos y flexibles... y eso cambia automáticamente la relación. Por el contrario, confrontar y criticar, obsesionarnos,

volvernos críticos y ácidos con la forma de actuar de la familia, nos cierra muchas puertas. Sabiendo que esto ocurre, ¿por qué no lo cambiamos?. Debemos evitar problematizar y etiquetar las situaciones, a pesar de que generen distorsiones y cierto malestar individual y colectivo.

Si acorralamos a los padres, nos "atacan", y ello crea aún más conflicto, o se ponen a la defensiva, y entonces "huyen". Esta constatación nos sitúa en la dimensión del funcionamiento del sistema nervioso y las respuestas del cerebro frente a la intensidad de ciertos conflictos. Son actuaciones que forman parte de los recursos naturales de la especie, que funcionan con estos protocolos de huida y defensa desde hace cientos de miles de años. Por eso suelen funcionar, frente a cualquier conflicto, estrategias como respirar profundamente tres veces, contar hasta diez lentamente, dar dos pasos hacia atrás, ..., en definitiva, tomarnos tiempo antes de actuar y de intervenir. Justamente debemos tomarnos más tiempo con aquellas familias que se manifiestan, a este nivel, de una forma más primaria: *"Nuestro objetivo es ayudar a sus hijos, no tener la razón, la verdad ..."*.



Vivimos en una sociedad que cada vez nos sitúa más en un nivel de estrés excesivo. Las cosas no siempre son lo que parecen. Ante la incertidumbre y las presiones respondemos de forma primaria. A la mínima, el conflicto se hace más incontrolable. En la escuela nos puede ocurrir algo parecido, por eso en los ámbitos educativos conviene tomar mayor distancia para no quedarse atrapados en esas trampas. Ciertamente la Práctica Psicomotriz nos ofrece un abordaje ajustado a esta perspectiva.

Los padres deben saber que aunque tengamos nuestra manera de ver las cosas, respetamos profundamente sus propias maneras de hacer y entender. Es un acto de humildad. Si somos capaces de reconocer cual es el proceso madurativo de los niños, y cuales son sus necesidades básicas, también debemos saber reconocer cual es el papel que juega la escuela y la familia en la educación de sus hijos. Cuando esto se da a este nivel de ajuste, aparece la confianza, la comunicación, y el agradecimiento, y, tal y como decimos desde la Pedagogía Sistémica, tan sólo un corazón agradecido puede aprender.

Carles Parellada Enrich (ICE UAB)
La Torre de Claramunt, 7 de octubre de 2007